

Brasil: lecciones de las protestas

En una coyuntura de masivas protestas sociales en países árabes, en Europa y hasta en los propios Estados Unidos, América Latina es escenario de una sostenida movilización de los estudiantes contra la privatización de la educación en Chile, de la lucha de los campesinos y mineros en Colombia y las manifestaciones en Brasil que irrumpieron tras el aumento del pasaje de transporte público, sumadas a exigencias por el mejoramiento de los servicios públicos y el enérgico rechazo a la corrupción política.

A diferencia de la respuesta que han dado los gobernantes del resto de los países al malestar de los ciudadanos, la Presidenta Rouseff optó por una audaz estrategia rectificadora a través del diálogo con el movimiento social que busca compartir las banderas de los alzados en las calles que debe conducir a la creación de un nuevo pacto social.

En la explosividad social subyacen profundas y complejas causas, no todas imputables a la gestión de los últimos 11 años. Paradójicamente, una parte importante de quienes protestan fue sacada de la marginalidad precisamente por las políticas de inclusión de ese periodo.

Los procesos políticos que apuestan a la redistribución del ingreso, logran reducir las desigualdades sociales y amplían la clase media cuyo comportamiento ambivalente puede convertirse en amenaza, si no se les atiende. Por ejemplo, el proceso revolucionario de los 70's en Panamá, fortaleció cuantitativa y cualitativamente a la clase media, la que a su vez fue motor de aquellos cambios. Sin embargo este sector que desempeñó un papel de avanzada y, posteriormente, carente de una visión esclarecida del nuevo ciclo de la nación panameña, fue atraído por los círculos desplazados del poder político en 1968, sirviendo como principal base social de un pujante movimiento de masas supuestamente civilista que enfrentó al régimen de Noriega y terminó facilitando la intervención militar norteamericana de 1989.

Las condiciones que originaron las protestas en Brasil son similares a la de países vecinos: pésimos servicios de transporte público, de salud, educación, el caos urbano generado por el desenfreno capitalista, la especulación inmobiliaria y la captura de los poderes para hacer negocios y los sobre costos de las obras, donde la corrupción es tanto de los agentes privados como de las autoridades.

Los sectores más atrasados intentaron controlar las calles e imponer una agenda de derecha a las protestas, pero no lo consiguieron. Les quedó el recurso de excederse en la violencia policíaca y de tratar de despersonalizar el movimiento mediante la filtración de agentes.

No cabe duda que la rebelión brasileña, alerta a gobiernos de Latinoamérica del signo que sea. La corrupción en la administración pública es una amenaza también para proyectos como el bolivariano en Venezuela. Eso explica la ofensiva que parece haber emprendido el Presidente Maduro a pocos meses de asumir el cargo. Otro mensaje que se desprende para los gobiernos de orientación popular, es tomar conciencia que cuando crece el empleo y el poder adquisitivo de la población es indispensable estimular la elevación del nivel cultural y del espíritu asociativo, pues sólo así es posible dotar al individuo de las herramientas para contrarrestar el poder mediático consumista e individualista. Por lo que para estos gobiernos, cada meta es un nuevo punto de partida.

Las protestas protagonizadas por muchos jóvenes, que en su mayoría no tienen experiencia política, han ido más allá del rechazo al aumento de tarifa del transporte público, al ampliarse a otras reivindicaciones por el mejoramiento de otros servicios públicos, adquiriendo un nuevo contenido al

señalar que el acceso debe estar garantizado a la población como derechos humanos primordiales y por tanto debe ponerse fin a un enfoque de negocio. Así el enérgico repudio a la corrupción que ha infectado los poderes legislativos y judicial oxigena la permanente movilización.

La propuesta de reforma política busca regular y reducir sustancialmente los exorbitantes gastos de campaña de los candidatos, financiados por empresarios a cambio de favores inconfesables. La excesiva influencia del dinero en las campañas electorales amenaza a las democracias tanto en Estados Unidos, así como en nuestros países.

Cualquier parecido –de estos condicionantes de la protesta social- con Panamá, es pura coincidencia.